

## W.G. SEBALD: UN ENCUENTRO

Nuria Amat

Norwich es una pequeña ciudad situada en uno de los rincones más apartados de la geografía inglesa. En el mapa de esta isla británica se puede distinguir su punto negro lindante al mar, no lejos de donde solía refugiar su intimidad el duque de Windsor, desertor por amor de la grave y sonada realeza. Se dice de Norwich que es una de las pocas ciudades típicamente inglesas que todavía existen. Sus habitantes cuidan de sus casas y jardines con un esmero casi exagerado. En verano, el blanco extremado de los muros contrasta con los arriates y cestos de flores variopintas que se desparraman por todo el escenario urbano convirtiendo cada casa en el escaparate de una floristería. Un río también florido navega junto a una diminuta estación de cuento. Los taxis, además de observar escrupulosamente la puntualidad inglesa, marcan una tarifa casi ridícula cuando se la compara con el resto de las ciudades británicas, especialmente Londres, capital de la libra, de la cual dista unas tres horas en tren o coche. Norwich es una ciudad para jóvenes y ancianos. De restaurantes llenos y calles vacías, bicicletas e iglesias, con una Universidad y un teatro activos en extremo para lo que se perfila como un quieto y vacío decorado. En esta ciudad colorida en exceso para ser tildada de literaria vive uno de los escritores más reconocidos y secretos: W. G. Sebald. Acceder a Sebald se convierte en una empresa bastante más entretenida que llegar a Norwich pero una vez la visitante consigue estar frente al escritor uno se da cuenta de la gran coherencia que existe entre espacio en el que este vive y su hermosa literatura. Sebald ha dedicado gran parte de sus páginas a recrear este condado de la Costa Este de Inglaterra tan vacío como bello. Literatura pura como coincidirán conmigo quienes han tenido la oportunidad de disfrutar las laberínticas y serenas frases de sus libros. Dos títulos tan sólo han sido publicados hasta ahora en nuestra lengua por este escritor tardío, *Los emigrados* y *El anillo de saturnos*.

Max Sebald, así llamado por amigos y compañeros o el profesor Sebald para sus colegas y estudiantes de la University of East Anglia, suele ocultar su presencia tras la figura de un caminante más de aquellas tierras desoladas. Aparece y desaparece por cualquiera de los innumerables edificios modernos de piedra gris que conforman el joven Campus en el que todavía sigue impartiendo sus clases de literatura europea. He llegado hasta Sebald a través de un colaborador suyo, Peter Bush, traductor célebre (son conocidas sus traducciones de Juan Goytisolo, Onetti, Luis Sepulveda...) y actual director del British Centre for Literary Translation de la UEA. Dicho Centro en su Escuela de Verano ha organizado un seminario de traducción literaria al que he sido invitada a participar junto con otros escritores (Lorenzo Silva, Manuel Rivas, Trezza Azzopardi, el mismo Sebald...), traductores de renombre (Edith Grossman, Maite Solana, Miguel Martínez-Lague, Jonathan Dunne, Ilide ....., ) y estudiantes en traducción literaria que han formado parte activa de los talleres o Workshops allí celebrados. Pero Max Sebald no es que sea precisamente uno de los participantes al curso que más prodigue su presencia. Trata de pasar desapercibido y lo consigue. Viste de forma elegante: mocasines oscuros de brillo descarado, pantalón de pinzas anchas y camisa a listas azules y blancas perfectamente planchada. Pero antes de tener ocasión de verlo por primera vez debo, según lo pactado antes con Peter Bush, llamar a la puerta de su despacho y decir: Hello. I am Nuria Amat. Así de fácil.

-Soy tímida.

-Max también es tímido, dice Peter.

Lectora insegura es tantas lenguas me pregunto si mi nuevo interlocutor hablará francés.

-Je me débrouille, dice Peter que dice Max.

Instantes después descubriré que Sebald es el escritor que mantiene con los diferentes idiomas europeos la misma relación de antigua lealtad que trata de preservar para su escritura. Habla a la perfección varias lenguas. Como lectora de sus libros, me he permitido situar a este autor en el grupo de los grandes escritores periféricos de este siglo. Junto a Conrad, Benjamin..., Sebald es otro de los grandes exiliados del siglo veinte. Su literatura se distingue por colocarse en el extremo opuesto del escritor de best seller. Para quien no ha tenido aun la oportunidad de acercarse a sus páginas avanzaré que su primer libro traducido al español Los emigrados mereció ser considerado por la escritora y ensayista Susan Sontag como el mejor libro del año. También Javier Marías ha alabado los grandes méritos literarios de Sebald. De ser un escritor tardío y prácticamente desconocido, Sebald se ha convertido en un clásico. Pero no se lo cree. Pronto sabré cuanto le gusta aparecer como un itinerante de la literatura, un viajero de los libros. Alguien que ha llegado hasta aquí casualmente. Un profesor de literatura europea que de tanto enseñar a aprender a leer a los más grandes autores de la lengua alemana ha terminado por cruzar el mismo la frontera que media entre lector y autor hasta contagiarse de sus mejores prosas y argumentos.

El camino hasta la puerta del pequeño despacho del profesor-escritor Sebald es de por sí un viaje a su mundo literario. Como si de la entrada al museo de los libros se tratase, nada más enfilar el corredor donde a mano izquierda y derecha se encuentran las puertas correspondientes a despachos de profesores vecinos a la suya, la visitante empieza a observar detalles muy reveladores del lugar a donde se dirige. Fotografías tamaño cuadro cuelgan de las paredes con retratos de Bernhard, Mann, Wittgenstein, Broch, Benjamin... Están aquí para avisar que la puerta anónima tras la que se encierra el escritor se encuentra cerca. Así es, en efecto. En un pequeño tablero blanco aparecen las letras impresas con su nombre. Junto a ellas, a guisa de relicario, una fotografía-postal del joven Kafka vuelve a desafiar la tozudez de la visitante entrometida.

Sebald se levanta a saludarme y me ofrece asiento. Observo que se libera de sus gafas y las deja encima de la mesa. Es la única vez que le veré sin ellas. Lo tomo como una señal de confianza. Tiene el cabello blanco y el rostro sonrojado y enjuto de montañero alpino. Su vestimenta, como he dicho, es impecable. Tiene fama de arisco y suele negarse por sistema a cualquier tipo de entrevista o asalto a su vida personal. El libro que tengo entre mis manos, Los anillos de saturno, su último título publicado al castellano, delata mis pocas garantías de conversación distendida y generosa. Los escritores somos ladrones de vidas y palabras y Sebald, maestro en este tema, me habla contabilizando las suyas. Su oficio, lo sabemos por sus libros, es el de oidor de historias y recuerdos ajenos. Ha dedicado gran parte de su vida a incorporar el mundo de los otros en su viaje interno. Este mismo despacho donde nos encontramos ahora es una reproducción milimétrica de su vampirismo de recuerdos.

La primera pregunta es suya. Quiere conocer mi opinión sobre la versión castellana del libro que llevo entre mis manos. Le respondo que me parece muy buena. Mis palabras vienen a confirmar lo que ya sabía y me dan pie para preguntar a mi vez qué es lo que espera él del traductor de sus textos.

Después de meditar unos segundos, dice de corrido:

-Que lo haga bien.

Su exigencia en este sentido ya es conocida por editores y lectores. Reconoce que su escritura es elaborada y reclama a su traductor que mantenga el tono de este artificio literario.

-El traductor necesita tiempo, lentitud en el trabajo y respeto por el texto de autor. No me interesa un traductor cuya pretensión única consista en llevar el texto al lector. Reviso todas mis traducciones y me tomo todo el tiempo necesario para hacerlo. Porque los editores ya se sienten satisfechos con que el traductor les entregue un texto mecanografiado. Que se pueda leer. Y enseguida le dan el visto bueno. Ellos siguen las leyes del mercado tan ajenas, por otra parte a las de la literatura. Este ha sido el motivo por el cual he tenido que volver a escribir todas las traducciones de mis libros al inglés.

Es necesario recordar aquí que W. G. Sebald es también un emigrado. Sus lectores sabemos que, nacido en Allgäu (Baviera) en 1944, llegó a Norwich en 1970 para dar clases en la Universidad de East Anglia donde, desde 1987, ocupa la cátedra de literatura europea. Pero a Sebald se le debe también la fundación del British Centre for Literary Translation del que fue director hasta 1994 y cuyo prestigio es notorio.

Le hablo de su último libro: *Luftkrieg und Literatur* (Aviones de guerra, Aire de guerra) aun no publicado en lengua inglesa y de cuya traducción se está ocupando en estos días.

-Al contratar este libro con el editor inglés puse como condición que yo debería decidir quien iba a ser su traductor. Lo hicimos del siguiente modo. Mi editor contactó con varios traductores. Y llevamos a cabo la siguiente prueba. Entregamos unas cuantas páginas a diversos traductores del alemán, cinco en total, que se presentaron libremente a la convocatoria. Yo elegí la traducción que me pareció mejor. Obra de una traductora, no joven por cierto. Anthea Bell. Para mis libros prefiero un traductor de cierta edad, cincuenta años o más porque ellos conocen mejor las palabras alemanas y saben como dar el verdadero sentido del texto en otro idioma.

Esta afición suya por la gente de cierta edad se manifiesta también en sus libros.

-Sí. La gente vieja es más interesante. Tiene muchas más cosas que contar. Y me gusta vivir las experiencias de otras personas. La gente mayor tiene un pasado tras de sí. Un pasado que suele ser mucho más interesante que los hechos actuales que acostumbran a ser de una banalidad sorprendente. Debo confesar que me interesa todo lo viejo. Viejas lenguas, viejas frases. Pero no se trata, ni mucho menos, de una cultura elitista. Mi oído está presto a escuchar a personas de todo tipo, desde un obrero a un maestro de pueblo. Escuchar a ciertas personas es lo mismo que leer libros. Ambas actividades son fundamentales en mi vida y mi único trabajo consiste en convertirlas en texto.

Alguien le ha reprochado que su alemán es anticuado. Presumo que su escritura es una forma de resistencia.

-El alemán de los jóvenes es horrible. Me aventuro a conjeturar que en un espacio de tiempo no superior a diez años el idioma alemán desaparecerá. Por otro lado, debo la escritura de mi libro *Luftkrieg und Literatur* a las inquietudes de ciertos estudiantes alemanes que me mostraron su preocupación por la ausencia de libros alemanes que hablasen sobre la destrucción de Alemania durante la Segunda Guerra. Los escritores alemanes han escrito demasiado poco sobre las torturas de guerra. Salvo Ingerborh Bachmann apenas nadie más ha escrito sobre la destrucción de Alemania. Esta terrible destrucción ha sido censurada por sus propios verdugos. En mi libro solamente intento responder a una curiosidad externa de ciertos estudiantes

inquietos que pasó a convertirse en una preocupación tan personal y propia como para dedicar a ella un libro entero.”How ought a natural history of destruction to begin?

Su literatura está dedicada a resucitar estas voces anónimas a las que da vida mediante una escritura de disección de mesa de operaciones. ¿Escritura de bisturí? ¿Lección de anatomía?

-La literatura no es nada sin el lenguaje. Yo escribo por amor a las palabras.

Se reprocha a sí mismo que estilo literario sea frío, apagado, sin carga emotiva. Y por primera vez deja ir una frase que repetirá varias veces a lo largo de nuestra conversación. Como si la tuviera programada:

-Se escribe con la cabeza y no con el cuerpo.

Cierra su frase como diciendo que no admite discusión sobre ese punto.

-Sí. Ya sé que es una opinión pasada de moda.

¿Y cual es el motivo de estas fotografías que introduce entre las páginas de sus libros como si quisiera confirmar con ellas la verosimilitud de los hechos que cuenta?

-Mi literatura está hecha de todo cuanto me rodea. Lo mismo pueden ser pescadores de playa, playas aisladas, vidas de escritores, recuerdos ínfimos de mis paseos solitarios. Todo cabe en un libro. Escribir es como pasear por la historia y por la biblioteca de la vida. Ambas realidades son una sola cosa para mí. Trato de vivir rodeado de las cosas que me gustan y considero natural incorporarlas a mi escritura. Todo forma parte de lo mismo. Escribir y vivir. Solo entiendo la escritura como reflejo de un mundo interior, privado. No me interesa el pasado por sí mismo sino por todo lo que puede aportar como algo histórico a la propia vida.

Abro mi libro. Leo en voz alta algunas de sus frases. ¿La sombra de Hölderlin acompaña a alguien durante toda su vida porque su cumpleaños es dos días después que el suyo? ¿Es posible que se haya tenido que asentar más adelante en esta casa de Suffolk solamente porque en su jardín aparece el número 1770, el año del nacimiento de Hölderlin, sobre una bomba de agua de hierro? ¿Cómo es que uno se ve a sí mismo en otra persona y cuando no es a sí mismo ve entonces a su predecesor?

-Estas coincidencias me asombran. Son ellas las que me llevan a vivir las experiencias de los demás. Escribir es vivir la vida de los autores que uno ama. Aunque por otro lado, escribir tampoco es lo más importante para mí.

Cuesta creerle. Miro a mi alrededor. Este mismo despacho tan atestado de libros conserva variados fetiches literarios. En el suelo, junto a mis pies, observándome desde abajo, descansa un cuadro con el retrato de Peter Handke. Parece encontrarse aquí de forma provisional. Abandonado a su suerte o tal vez desfenestrado de su antiguo lugar principal en el corredor. Seguramente es la suma de una y otra cosa. Cualquier coincidencia tiene para Sebald una explicación. Es algo que se sabe nada más verlo. O incluso antes, cuando la visitante intrusa logra introducirse tímidamente en su terreno.

-Handke ya no es el escritor que fue. Me gustaron mucho sus primeros libros. Pero poco a poco su escritura ha ido derivando en algo bastante etéreo o desabrido. Al contrario que Thomas Bernhard que ha sabido mantener el tono literario a lo largo de su vida. Por otro lado, tampoco me parece extraño lo que le sucede a Handke con sus últimos libros. Un escritor por bueno que este sea tiene una vida creativa de veinte años. No más. Esta me parece la duración natural y los escritores deberíamos no solamente saberlo (ya lo sabemos todos) sino tenerlo bien presente. Claro

que hay excepciones. Thomas Mann es un gran excepción. Pero todos, incluso los mejores, tienen sus límites de tiempo creador. Así ocurre con los narradores y de manera más evidente en los poetas. Y si éstos últimos reconocen los motivos de un silencio a tiempo, los narradores parecen querer resistirse a esta evidencia. A mi modo de ver los mejores libros de Handke son los de sus primeros veinte años de escritor. Luego es difícil por no decir imposible mantener ese tono de alto nivel literario.

¿Cuál cree entonces que es su mejor momento creativo

-Lo que yo hago no cuenta.

Sonríe como si nuestra conversación no fuera con él.

-Es cierto. No tiene importancia. Le hablo en serio. Yo empecé a escribir muy tarde, a los cuarenta años. Por cansancio. Por enfermedad. No sé decirle. Tuve una crisis importante. Y desde entonces escribo sin ningún tipo de ambición. Por una necesidad imperiosa de realizar un trabajo muy privado. Seguramente como un medio de defensa. Escribir es algo que, para mi sorpresa, se ha ido convirtiendo en algo cada vez más importante para mí. Seguramente seguiré escribiendo hasta la muerte. He pasado toda mi vida dando clases y ya estoy cansado. La Universidad ya no es lo que era. Los escritores ya no estamos bien vistos en este Reino del saber. Por otro lado, la literatura exige todo tu tiempo. Mi idea es retirarme a escribir a una cabaña que tengo por algún lugar. Sin embargo, tampoco quiero depender de la literatura. He visto a muchos escritores malograrse por requerimientos de publicación. Es algo importante a tener en cuenta. No hay que depender económicamente de la literatura porque entonces se escriben cosas para los demás y no para uno mismo.

En su libro *Los anillos de Saturno* usted ha manifestado que no sabe si se sigue escribiendo por costumbre, o por afán de prestigio, o porque no se ha aprendido otra cosa, o por sorpresa ante la vida, por amor a la verdad, por desesperación o indignación, así como tampoco se siente capaz de decir si mediante la escritura uno se vuelve más inteligente o más loco.

-No suelo conceder entrevistas. Tengo fama de huraño y reconozco serlo. No me gustan las lecturas públicas ni las presentaciones de libros. Suelo negarme a esta clase de eventos. Hago lo mínimo para poder sobrevivir como escritor frente a mi editor. Pero volviendo a lo que me decía. Todas las razones son válidas para la escritura. O casi todas. Porque al parecer hoy en día todo el mundo puede escribir. La literatura se ha convertido en un gran supermercado.

¿Estará entonces de acuerdo con quienes dicen que los escritores se dividen en dos grupos. Los que escriben y los que se pasean por los medios de comunicación diciendo que escriben?

-Por supuesto. Y lo paradójico es que esta denuncia la repiten, a veces, los mismos impostores literarios. Los que alimentan el fuego de la publicidad literaria. Y lo peor es que esta segunda categoría de autores está creciendo de forma imparable. Antes, en Suiza, por dar un ejemplo a mano, había dos escritores Max Fritz y Friedrich Dürrenmatt. Ahora, y le estoy hablando de forma deliberada de un país muy pequeño, hay tantos escritores como tipos de yogurths. De vainilla, de fresa, de fresa y chocolate. Dentro de nada podremos disponer de escritores a la carta.

El mercado editorial por lo que se ve puede fabricar novelistas en serie.

-Como champiñones. Se publican muy pocas novelas realmente buenas. Las novelas entendidas como normales no me interesan en absoluto. La novela es ahora un género artificial. Quiero decir, nada verdadero en el más puro sentido literario. Con frases tópicas y banales. Sin ningún afán estilístico. Ni sentido musical. Novelistas que siguen las tendencias de la

moda. Ensayistas que se limitan a ser graciosos. El texto de la novela requiere alguna suerte de artificio por parte del autor. Algo que resulte elaborado. Esto es lo que pienso. No me importa si dicen de mi que soy un escritor anticuado. Soy anticuado.

Nadie lo diría al verle.

-Tal vez tengo esta suerte. No parezco un escritor. De hecho, y tal como están las cosas, lo único sensato es retirarme a vivir en una cabaña, en el campo. Dejar de dar clases porque la Universidad acaba con la vida literaria de uno. Es una constante lucha de fuerzas en la que siempre pierde el escritor. Hay que irse. Todo se destruye.

Tampoco tiene Sebald aspecto de viajero, profesor o ermitaño. Ni siquiera se parece a un personaje sacado de sus libros porque Sebald es exactamente como la prosa que escribe: especial, límpida, inclasificable, culta, inteligente, rara. Con una mirada joven de corredor veloz y el cabello inmensamente blanco.